**CARONTE**

Se subió a mi auto a las tres en punto de la mañana, cosa que tengo clara porque automáticamente mis ojos se posan en el reloj al lado del taxímetro cada vez que marca las y cero, como descontándome un esfuerzo más en esta larga jornada. Se metió –o entrometió, o se enterró, no me saldría describir el movimiento concreto que hizo- de cabeza y luego se hizo acompañar por su bolso, ese bolso negro y grande, de lona, del que iba abrazado como con miedo pero luego entendí no parecía importarle mucho.

Tengo la idea de que dudó unos segundos, antes de hablar, y recién ahí pareció entender que debía cerrar la puerta tras él. Lo hizo con un amague potente, que me dio a temer un portazo que por suerte no se dio. Una vez estuvimos ambos encerrados, ya segura la solida estructura del vehículo que nos contenía, por fin carraspeo y en un susurro me indico su destino.

-Pasee.

O, en este caso, su no destino. Yo levante una ceja en gesto incrédulo, pero no hice una sola pregunta. Arranque de nuevo el motor, mire con ojos serenos la calle que bordea la cañada y puse en marcha el taxi, lentamente, esperando no tener problemas. No era la primera vez que recibía un pedido como ese, y doy fe de que no va a ser la última. Cada tanto a alguien con plata le ocurre no tener en que gastar los papelitos que su éxito le otorga, o alguna situación difícil le amerita al hombre común buscar dispersión en un caro paseo, que lo aleje de esa vida sofocante que lleva. Quedaba, también, la opción de que mi pasajero fuera un delincuente que buscara evadirse dentro de mi auto, pero mientras más lo veía por el espejo retrovisor más improbable me parecía tal hecho: pálido, lánguido, con los parpados duros tapando los ojos y su cuerpo envolviendo su bolso en un abrazo, como hundiéndose en la oscuridad que ese color negro lustroso le representaba, no había en ese hombre un rastro de la excitación violenta que precede al delito. En ocasiones cabeceaba, como si estuviera por dormirse, pero nunca lo hacía del todo y a esto lo notaba por su reacción cuando pasábamos la fuerte luz de una calle, la molestia que le provocaba y que le hacía fruncir el seño, como si una mosca le zumbara por la cara sin hacerlo dignarse a despegar los codos de su abrazo.

Pensé en sacarle charla, mientras íbamos, pero desistí a la primera mirada. La experiencia del taxista va sumando, de a poco, pequeñas trivialidades que juntas se constituyen en una verdadera capacidad para el análisis del desconocido: podemos adivinar su estatus social, de donde vienen, la cantidad de alcohol en su sangre, hace cuanto tuvo sexo o si esta por tenerlo, hace cuanto que ha cobrado ese cheque en el banco o si planea hacerlo, inclusive si tiene hijos o le han asaltado, si desea un turno en este consultorio psicológico rodante o solo quiere oír el sonido de las gomas presionando contra el asfalto y los charcos de agua que se levantan echando barro a los transeúntes. Y este, tan tembloroso y dejado como lo veía sobre mi asiento cada vez que los patrones lumínicos de la noche revelaban su rostro en el andar de mi auto, este sujeto de la oscuridad que se encogía sobre sus pertenencias presa de una calma febril, no provocaba en mi la impresión de querer ser alguien que buscara contención. Más bien, me atreví a pensar, era alguien que había traspasado toda contención posible.

Fue cuando pensé eso que empecé a prestarle más atención, con miradas fugaces que él no llegaba a captar o no le interesaban, cada vez más preocupado yo por el estado de mi curioso huésped. Me parecía, se barajaba en mi dé a ratos la increíble posibilidad de que se estuviera muriendo, que el paseo que me reclamaba no fuera si no una distención del malestar que lo aquejaba en el cuerpo, que lo hacía temblequear, que me hacia recordar a mí las viejas historias de quienes levantan difuntos por el camino. Considere, y la idea misma me lleno de expectación, que por primera vez en mucho tiempo estaba haciendo un viaje significativo a ninguna parte, que mis manos en el volante; mis pies sobre los pedales y el vistazo secundario que ponía sobre la imagen de la ciudad que el vidrio de mi Peugeot me revelaba eran más bien cosas que se separaban de mi, sobre las que yo no tenía poder, que me era imposible frenar o pegar un volantazo si no que debía obedecer a una voluntad que, más que superior, se impregnaba en la misma situación en la que me había sumido como en una pesadilla, arrastrando a aquel engendro por el asfalto que parecían aguas negras, por entre las luces que parecían fantasmas etéreos a la deriva intentando llegar a alguna orilla en la cual podría frenar pero que se me hacia una ilusión, que me eximia también del temor y la responsabilidad de pensar en cuanto debía cobrar o en que estaba haciendo mi mujer a estas horas pues en ese mundo solo existíamos los dos, yo y el hombre, y lo demás era niebla y nada sofocándonos con su presencia incorpórea.

Cuando aquella ansiedad fantástica que tan poco usual en mi era hizo derramar la primera gota de sudor por mi frente –un sudor frio, helado que bien parecía una uña rasgando la piel ardida sobre mis ojos- la voz del hombre hizo que todo diera un vuelco.

-Pare.

Apenas me tome unos segundos y obedecí, posicionando el taxi al lado de una vereda. El hombre movió los labios, como humedeciéndoselos, y me hizo una seña para que lo esperara. Lo vi descender, sosteniendo su bolso como antes y deteniéndose frente a un bollo en el suelo, un mejunje de ropas y mugre que albergaba a un viejo borracho y dormido en su interior.

Yo lo seguí con los ojos, como hipnotizado. Mi huésped metió la mano en su bolso, y saco un fajo de billetes, papeles y mas papeles uno al lado del otro, sostenidos por nada pero en perfecto orden. Lo acomodo frente al indigente, y luego volvió al taxi.

-Continúe, por favor.

Me pareció que cierta inflexión en su voz era dolida; como si desprenderse de aquel dinero le hubiera supuesto un golpe o tal vez hubiera hecho algo de lo que no acostumbraba y la excitación fuera demasiada para tan frágil complexión. Sus manos nervudas volvieron a estrechar la lona negra, y me regalo el perfil de su rostro al contemplar la ventanilla con ojos somnolientos, viendo las luces que pasábamos y sin prestar atención a la gente que nos rodeaba fugaz, a los jóvenes que salían de boliches y con sus gritos perturbaban esa calma nocturna, a los que caminando paseaban para despejar la mente y cuyas preocupaciones existían aun bajo las estrellas, no en el cielo gris y despejado en el que nosotros dos andábamos. Sin decir una sola palabra yo continúe manejando, maniobrando mi auto por entre los laberintos del centro y pensando en un no pensamiento, es decir, pensando en que no pensaba en el dinero que ese hombre tenía, en la cantidad anormal de billetes que estrechaba contra sus brazos si no que pensaba en el viaje, y en el llegar que nunca llegaría, pero al mismo tiempo esto tal vez significaba que si pensaba en los billetes, los consideraba pero no como una presencia alarmante sino como una ausencia, una trivialidad solicita que en este mundo en el que mi bote se había adentrado no tenía cabida.

Tuve la resolución de que, en este viaje que hacía, todo el contenido del bolso negro no bastaría para pagarme. Yo necesitaba algo más, y un hambre muda se arraigaba en mí con la constancia de una creciente, haciéndome un observador atento a lo que acontecía con el hombre pálido. Este volvió a indicarme que frenara, con una seña muda y se volvió a bajar como la otra vez; dejando la puerta abierta, habiendo localizado –como si tuviera un sonar, pues no los veía si no que veía un punto fijo, como si comprendiera que allí estaban con un instinto que los demás lleváramos dormidos- a otra persona que se echaba junto a unos perros y bajo el magro abrigo de unos grandes trozos de cartón. Allí también dejo otro fajo de billetes, tal vez más grande que el anterior. Y cuando subió de nuevo –por tercera vez- en su rictus sereno y en su silencio obstinado perduraba la impresión de un ritual que me tenía en cuenta, que hacía de nuestra incomunicación un lenguaje de entendimiento mutuo del cual romper sus mandamientos era una tarea inalcanzable. Yo, hambriento como lo estaba del precio que veía en sus ojos, lo acepte y continúe avanzando.

Como queriendo hacerle saber que aceptaba esta ceremonia a la que el azar me había invitado, la tercera parada del camino la hice a cuenta propia. Mi adelanto, dado sin palabras, en ese silencio sepulcral en el que nos sumíamos y que hablaba por nosotros con su constancia aturdidora fue tomado como una simple consecuencia natural, y vi entonces al condenado volver a repetir sus maniobras: el sonido de golpe al abrirse la puerta, los pasos, secos en el frio, los ruidos al hurgar su flaco brazo la bolsa negra que llevaba cada vez con menos cuidado, el dejar los billetes y volver a subir, siempre amenazando con el portazo que nunca se efectuaba, esa demostración de voluntad pospuesta que indicaba en él más energía de la que sus rasgos famélicos me podían sugerir.

De ahí en adelante, y como si hubiéramos pasado a un nuevo nivel, el hombre se acostó en el asiento trasero cuan largo era, flexionando las piernas poco ortodoxamente y dejándose adormecer por el transito del coche, por las formas lumínicas que lo acariciaban plegándose desde la ventanilla. Yo continué el camino de un padre a un hijo, el de un guía a quien solo quiere llegar, continué trazando líneas confusas por los recovecos de esta ciudad inexistente en la que nos paseábamos, formando figuras angulares, manteniéndome en un estado supremo en el que no necesitaba pensar en semáforos, en velocidades o pedales si no que el manejar se me hacia un estado propio, algo que se sucedía a mi existencia sin complejidades o técnicas, tan ligero como lo era el respirar. Pude adquirir, entonces, la misma propiedad de vigía que mi invitado había tenido y ya no necesite escudriñar las sombras que se arrinconaban en galerías y entradas, sino que simplemente sentía allí una carencia, un vació, o sentía más bien la urgencia del pago y estacionaba con suavidad el auto, esperando. El hombre entonces, traicionando a esa placidez que parecía conferirle su posición, se elevaba tal resorte, y bolsa en mano repetía las formas una y otra vez.

Tal vez todos los necesitados, todos los hambrientos del centro tuvieron un poco de la fortuna que habitaba en esa bolsa, de los billetes y papeles que no nos eran nada. Al ver el volumen de la lona negra decrecer, al captar la gravedad que exhumaba en la mirada muerta de él yo entendí, con la misma percepción con la que atrapaba indigentes, que el final de nuestro viaje se acercaba. La orilla estaba cerca. Me envolvió un amalgama de sensaciones diversas, de amargura, de excitación prolongada, angustiosa, de que algo terrible y hermoso terminaba para mí y para muchos, de que estábamos a punto de destruir un mundo entero, pero un mundo que pertenecía a lo que no vivía y que por lo tanto era preciso que ocurriese su final, para darles coherencia a los pilares, mentales tal vez, que lo erigían y sostenían sus bases. Me vi balanceado por el vaivén de las olas, las que golpean contra la arena y las luces espectrales se hicieron más fuertes en la avenida, convirtiéndose en verdaderos faros que lo cegaban todo, que atenazaban el ritmo que mi coche llegaba, y creo, creo recordar que se escapó un suspiro de mi boca.

Entonces, como entendiéndolo todo, doblé a la derecha dejando la avenida. Y me adentre por más calles oscuras, tan oscuras que eran negras y tan negras que eran un abismo donde la miseria no tenía cabida. Me sentí mirado, juzgado por mi pasajero de atrás y al mismo tiempo en su poder, pero pensé que tal vez en realidad, son los capturados los que tienen poder sobre el captor, es quien no elige quien puede juzgar al que sí. Considere, atravesando esas casas vacías de luz, ese infierno de desesperación y lamento que la muerte tenía el peor de los trabajos, el más necesario de todos. Y, sobreponiéndose a las lágrimas, a las risas, a las maldiciones enfurecidas, solo el mismo silencio de antes fue lo que mi alma respondió a tal descubrimiento.

-Aquí está bien.

Lo dijo, pero yo ya había frenado, inclusive apagado del todo el motor del auto que siempre nos había acompañado con su música invisible. Estábamos altos, más altos que cuando habíamos empezado. El barrio circundante al rio se construía en subida, y mas allá se oía el rumiar de las aguas, suave, susurros y susurros sobreponiéndose en mil historias similares. El hombre miraba, con ojos negros, opacos, pero no veía. Yo pensaba, y las manos se apretaban sobre el volante, buscando palabras, pero no hablaba. Luego él se bajo, arrebatándome su mundo.

La bolsa ya no estaba. Lo vi perderse, difuminado por la ausencia en dirección al fluir del rio, y luego volví a encender el auto, fui acelerando despacio y dejé ese lugar sin significado para siempre.